

SUS HERIDAS NOS HAN CURADO

MEDITACIÓN SOBRE LAS LLAGAS DE CRISTO CRUCIFICADO

+ Fernando Valera Sánchez

Obispo de Zamora

“Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez (ChVi 123). La Pascua de Jesús no es un acontecimiento del pasado: por el poder del Espíritu Santo es siempre actual y nos permite mirar y tocar con fe la carne de Cristo en tantas personas que sufren”.

Queridos sacerdotes, religiosos, fieles laicos, hermanos todos,

Con motivo de la celebración de la Pascua 2023, me dirijo de nuevo a vosotros para intentar ayudaros a poner el Misterio Pascual en el centro de nuestra vida. Durante el tiempo de cuaresma nos hemos ido preparando para la celebración de la Semana Santa. Desde el miércoles de ceniza, reconociendo nuestra pequeñez con el gesto de la ceniza, nos hemos dispuesto para la acción de la gracia en nuestra vida a lo largo de estos cinco domingos del camino cuaresmal. La subida hacia Jerusalén, pasando por el desierto, el monte Tabor, y el “dame de beber” a la Samaritana, nuestras cegueras y la llamada a la vida eterna, han despertado en nosotros la necesidad de poner al descubierto, ante el crucificado, nuestras heridas. El Señor que nos da la libertad, primero nos llama al desierto para encontrar la plenitud en el vacío de todo lo demás. El mismo Señor que nos ha creado sedientos, nos provee del agua que sacia definitivamente. El Señor que se ha transfigurado anticipando la gloria de la vida eterna, muere como el último de los malhechores en el patíbulo de la cruz.

Y así, el Tabor y el Gólgota representan los dos acontecimientos del mismo misterio de nuestra salvación: la gloria y la cruz. Las llagas de Cristo crucificado siguen hoy presentes en tantas víctimas inocentes de la guerra de Ucrania y de tantas guerras olvidadas; en la muerte de tantos cristianos perseguidos; en los sufrimientos de los encarcelados, como el caso de Mons. Rolando Álvarez; en la vida de los no nacidos y en los ancianos y enfermos descartados hasta la muerte; en las múltiples formas de violencia, especialmente en las de las mujeres de nuestro país; en los desastres medioambientales -cómo no recordar las víctimas de los incendios de Zamora durante el pasado verano-; en las muertes y en las secuelas de tantos de los nuestros ocurridas en este año; en la despoblación; en la trata de personas... El Señor conoce nuestros problemas. Él que es carne de nuestra carne sabe de nuestra debilidad. Todo lo ponemos ahora en su corazón de Pastor y le

pedimos que cure las heridas del camino, aquellos girones que se han quedado entre las zarzas, aquellos que nuestros pies cansados, a veces, no han podido soportar.

Pongo en tu presencia Señor, todas estas heridas de la vida de nuestra diócesis de Zamora, especialmente aquellas que han sido causa de las raíces del pecado. Sólo con ponerlas ante ti, tomarán otro sentido. Sólo con reconocer las brechas de nuestra hechura humana, nos reconoceremos necesitados de ti, buen Señor. Sólo con tomar conciencia de nuestra fragilidad, nos haremos merecedores de tu gracia, Padre misericordioso. Sólo sabiéndonos así, débiles, nos abriremos a tu redención, Cristo del perdón.

El Papa Francisco, hace casi dos años, en la Asamblea General Extraordinaria de la Conferencia Episcopal Italiana de noviembre de 2021, entregó a los obispos una tarjeta con la imagen de un Cristo Buen Pastor cargando una oveja descarriada sobre sus hombros. En la estampa se recogía el texto de las ocho “Bienaventuranzas del Obispo”. Quiero poner ante vosotros mi contemplación ante la Cruz del Señor. Quiero escuchar de sus labios estas palabras y hacerlas extensibles a todos en mi ministerio de pastor, para unirnos en la oración y en los sentimientos que Jesús provoca en lo profundo de nuestro corazón.

Más que nunca, os invito a pedir para todos el Espíritu Santo que nos haga presentes los acontecimientos de la salvación que se vivieron en la muerte de Cristo y que estos días vemos representados en nuestras calles de Zamora. Pido que las celebraciones litúrgicas, la oración interior y las manifestaciones externas nos ayuden a penetrar en los sentimientos del Señor Jesús de modo que su relación con el Padre nos haga ver, de la mano de María en su sufrimiento, el precio de nuestra propia redención.

1. *Bienaventurado el obispo que hace de la pobreza y del compartir su estilo de vida, porque construye el Reino de los Cielos a través de su testimonio.*

Jesús muere entregándolo todo: *Está cumplido. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu.* Nada es insignificante. Nada es superficial. Nada pasa porque sí para los seguidores fieles que están representados en el discípulo amado y en la Iglesia naciente personificada en María. La Iglesia nace del costado abierto y del Espíritu. Toda la gloria de la Trinidad se manifiesta en Cristo muerto en la cruz. Desde aquella hora, el Dios de Jesucristo -como nos recordaba el teólogo J. Moltmann- es ya para siempre el Dios crucificado. La gloria de Dios, la grandeza y majestad de su reinado, se hacen presentes en la bajeza de la cruz. La paradoja y la contradicción vividas en

la carne del Señor quedan transparentadas también hoy en nuestra realidad diocesana. Somos una Iglesia pequeña, despoblada, mayor, tantas veces abandonada... Pero también, somos una comunidad en camino de la Pascua, con unas manifestaciones religiosas sorprendentes, de profundas raíces, que expresan una vida en abundancia. Una iglesia llamada a vivir testimonialmente, con humildad, con sencillez. Estas son las llagas de los pies de Jesús. Llagas sangrantes en la medida que comparten el camino de los suyos. De este misterio de la cruz, nace la vida de nuestra iglesia local, a través de la lanzada del costado. Zamora, a los pies de Cristo, recibe los sacramentos que la hacen posible, la crean y la alimentan: el bautismo y la Eucaristía. De su carne vulnerable hemos recibido la salvación. Sus heridas nos han curado porque ellas son la verdadera realidad de aquella plenitud de la que nos hablaba Juan en el prólogo del evangelio: *“De su plenitud todos hemos recibido gracia tras gracia”*. El que acude al crucificado, le mira, le contempla y descubre en Él el misterio mismo del amor redentor, en el que nosotros estamos invitados a entrar.

2. *Bienaventurado el obispo que no teme mancharse el rostro de lágrimas, para que se reflejen los sufrimientos de las personas, el cansancio de los sacerdotes, y que encuentra el consuelo de Dios en el abrazo del que sufre.*

Es la llamada a vivir fuera de la lógica del mundo. Se trata de pasar por la pobreza de Belén y por la vida oculta, por las humillaciones, en definitiva, por la cruz. La pobreza, la debilidad, el escarnio... no es otra cosa que la identidad del seguidor de Cristo. La lógica del mundo se desvanece ante la lógica del crucificado. La cruz, que es locura y escándalo, pone sobre la tierra un modo distinto de ser, un nuevo estilo de vivir. Es el misterio de la *kénosis* divina. En la cruz acontece el abajamiento absoluto para que Cristo pueda ponerse a ras del sufriente, al nivel de los últimos.

Déjate envolver, pues, por la ternura de Jesús, el que fue ungido con el perfume y las lágrimas de la mujer pecadora. Ese gesto silencioso contiene toda la elocuencia de lo decisivo, de lo importante. Ahí habla el corazón. Deja que te hable a ti. Es el estilo divino ahí reflejado en esas lágrimas humanas. Jesús acoge y trabaja sobre vasijas rotas. Nuestro Señor se topa con el sufrimiento, con las necesidades de los demás, con las heridas de tantos. Jesús se encuentra contigo también ahora. El crucificado se hace otra vez, para ti, el encontradizo. La absoluta humillación te busca a ti en tu miseria. No ocultes tus debilidades. Déjate interpelar por él. A partir de tus heridas, tú te puedes convertir en curador de las heridas ajenas. Tus sombras iluminarán a otros. Tu noche, a la luz de la cruz del Señor, puede ser para los otros *“luz de*

mediodía". Nosotros, sacerdotes, religiosos y laicos estamos llamados a aproximarnos y a tocar las heridas de la gente. Nuestro tacto es el de Cristo. La pasión de nuestra gente es la pasión del Señor. Estamos llamados a perdonarnos y a ser experiencia del perdón de Dios; el perdón que cura la vida y es causa de amor. Es la respuesta que cabe a un corazón enamorado desde aquella lógica de la cruz: amar y perdonar por haber sido amados y perdonados hasta el final.

Las lágrimas conmueven porque brotan del corazón que se siente herido. Por ello, las lágrimas de la mujer arrepentida son las lágrimas de Jesús que recoge todo ese perdón. Es algo conmovedor. Esta carne finita, dolorosa y sufriente es capaz de amar, de salir de sí, de abandonarse a sí. Y es que el amor es lo divino en nosotros. Cuando ama un creyente, realiza gestos divinos (los tuyos). Dios realiza gestos humanos (los tuyos) y lo hace con un corazón de carne y con las mismas lágrimas. En la homilía del funeral por las víctimas de los incendios del pasado verano intenté recordarlo: sufre mucho sólo el que ama mucho. La cruz de nuestro Dios contiene en sí toda esta experiencia que es real para cada uno de nosotros. Sufrimiento y amor son directamente proporcionales. Tú puedes amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todas las fuerzas. Tú puedes ser en medio de este pueblo noble de Zamora, en esta Semana Santa, la ternura de Dios. Tú puedes ser, ahora y aquí, experiencia real del amor de Dios.

3. *Bienaventurado el obispo que considera su ministerio como un servicio y no como un poder, haciendo de la mansedumbre su fuerza, dando a todos el derecho de ciudadanía en su corazón, a habitar la tierra prometida a los mansos.*

La lógica de la cruz implica salir de sí mismo y caminar a la luz de la fe. La fecundidad de la evangelización no puede ser el éxito ni el fracaso porque nuestra razón es la de la misericordia y la del amor hasta el extremo. Jesús es rey en el trono del madero de la cruz. No hay amor sin servicio. La cruz nos ha revelado otro modo de vida que subvierte la lógica del mundo: la del poder, la de la fama y la del saber. Esas tres aristas, esos tres puntales de la vida carnal a los que se refiere Pablo en su carta a los de Corinto, se nos presentan hoy y siempre como tentaciones, no para los no creyentes, no para el mundo que vive sin Dios... sino para nosotros. La cruz es el destino de una vida desgastada para los demás. Y eso es porque la cruz es la expresión máxima del amor que sólo acontece cuando se excede a sí mismo, cuando da la vida por los otros. A la luz del crucificado no hay individualismo ni egoísmo que quepa: todo es gratuidad porque el que lo es todo, todo lo dio y del todo se dio. En el don no hay cálculo de costes, ni oportunidad del

momento. En el don no hay análisis de circunstancias ni expectativa de reciprocidad. En el don va todo el ser del todo. ¿Qué otra cosa si no es el amor?

Benedicto XVI decía a los cardenales: *Sois príncipes de un Dios crucificado*. Nuestro único poder es el poder de servir. Nuestro único poder es imitar a Aquel que se arrodilla a lavar los pies de los discípulos. Cuando Jesús carga con la cruz, toma sobre sí el mal, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros y lo lava con su sangre, con la misericordia y con el amor de Dios. Cuando caminamos sin la cruz no somos sus discípulos, somos mundanos. Un cristianismo sin cruz no es el cristianismo de Cristo. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría de ser salvados y a hacer algo por lo que Él ha hecho aquel día de su muerte: *¿Qué he hecho por Cristo, qué hago por Él, qué debo hacer por Cristo (en mi diócesis de Zamora)?* Nuestra iglesia de Zamora está llamada a ser ahora el Cuerpo de Cristo. Aquel cuerpo partido y repartido nos llama a ser pan para los otros. Unidos en el pan los muchos granos debemos evitar toda división en ella. Estamos llamados a vivir la comunión como piedras vivas de esta iglesia.

- 4. *Bienaventurado el obispo que no se encierra en palacios de gobierno, que no se convierte en un burócrata más preocupado por las estadísticas que por los rostros, por los trámites que por las historias, y que busca luchar junto al hombre por el sueño de justicia de Dios, porque el Señor, encontrado en el silencio de su oración diaria, será su alimento.***

Nuestro corazón quiere adherirse totalmente a Cristo pobre y humillado. Se trata de querer elegir a Cristo y no a mis cosas y besar en los demás las llagas santas de Jesús. No es más que suspender mi voluntad para hacer la suya manifestada en el querer de los otros, en sus necesidades, en sus debilidades. No se puede vivir en la apatía sin sensibilidad ante el sufrimiento. Se trata de vivir compasivos en la llamada que nos hace el Señor a cuidarnos los unos a otros. Ahí está la verdadera comunidad. A veces evitamos el contacto directo con el dolor de los demás y hacemos que el grito de la persona no nos afecte. Cuando esto sucede, la indiferencia se apropia de nuestra vida y no queda otra salida que una existencia egoísta a la que sólo le cabe una soledad incapaz de esperar nada de los otros. ¡Tantas veces está lejos de nosotros el sufrimiento! Miremos en los medios de comunicación la cantidad de realidades sangrantes. Pasan, son reales, pero, de algún modo, no *nos pasan*. La distancia mediática y la espectacularización terminan por hacer todas esas desgracias más soportables porque, en el

fondo, nos son indiferentes. La coraza que nos impone el yo, la autorreferencialidad constante que nos impide salir a los otros no sólo para ofrecer nuestra ayuda, sino para mostrarnos vulnerables, oculta lo que nos constituye como humanos: el sentir con los otros.

No abramos, entonces, abismos insalvables entre nosotros: ni familiares, ni comunitarios, ni en nuestra iglesia diocesana, ni en sus cofradías, ni en sus organismos, ni en sus actividades. Caminemos en sinodalidad, en comunicación, en cercanía, en compasión. Reconozcamos todo lo bueno que hay en los otros. Digámosles gracias de verdad. Gracias por ser y por estar. Miremos con limpieza a los otros. Bendigámosles, digamos bien de ellos. Nuestra felicidad está en abrirnos a los demás, no en el poder, ni en las riquezas ni en sus esclavitudes. En el rostro de los otros, especialmente en el de los más pequeños, se transparenta el rostro de Jesús. Su promesa de estar allí donde los demás huyen es hoy nuestra esperanza. Jesús es nuestra riqueza. Él y sólo Él es nuestro absoluto. Por Él y sólo por Él damos la vida. Cuando veamos sus imágenes caminando por nuestras calles, percibamos cómo Él nos muestra su profunda cercanía, cómo Él es el antídoto de toda exclusión e indiferencia.

- 5. Bienaventurado el obispo que tiene un corazón por la miseria del mundo, que no tiene miedo de ensuciarse las manos con el barro del alma humana para encontrar el oro de Dios, que no se escandaliza por el pecado y la fragilidad de los demás porque él es consciente de su propia miseria, porque la mirada del Crucificado Resucitado será para él el sello del perdón infinito.***

Te pido Señor, que entres en mi vida. Te pido Señor que me cures las heridas psíquicas que me han afectado desde la niñez, y de todo aquello que me ha podido herir a lo largo de mi vida. Tu mirada entra hasta el fondo del alma. Tu pasión ha quedado plasmada en esas imágenes de nuestra Semana Santa que son el reflejo que hacen que nuestras heridas en tus llagas santas sean miradas con misericordia.

Habla tú ahora con Cristo que muere y respira su último aliento. Ponte ante su corazón abierto y recibe los dones de gracia que se derraman. Dialoga también con el Padre para que te pueda mostrar todo el misterio allí encerrado. Ve de la mano de la Virgen María para que te ayude a no apartarte nunca de aquel que dio la vida por ti.

Concédenos Señor, vivir la locura de la cruz, vivir injertados en ti, cercanos a todos. No se trata de simpatía personal, sino que forma parte de nuestro *trabajo*. No podemos eludir el trabajo propio del pastor -nos recuerda el Papa Francisco-. El trabajo del pastor que

ejercita la misericordia y el discernimiento en la cercanía cordial, en la pastoral *cuerpo a cuerpo*, en la necesidad de salir a todas las periferias geográficas y existenciales.

Danos Señor la capacidad para involucrarnos en la vida concreta de la gente, sin escondernos en elitismos excluyentes, ni detrás de formulaciones abstractas. Danos un corazón como el tuyo. Danos tus mismos sentimientos para ver siempre el bien, para esperar a pesar de las decepciones, para no juzgar con severidad las intenciones y los errores de los otros.

6. Bienaventurado el obispo que destierra de su corazón la doblez, que evita cualquier dinámica ambigua, que sueña con el bien en medio del mal, porque podrá alegrarse en el rostro de Dios, encontrando su reflejo en cada charco de la ciudad de los hombres.

Mira la cruz de Jesús y pide que te pueda ser revelado el peso y la gravedad del pecado de los hombres y de los tuyos propios por los cuales da la vida el Señor. Suplica la verdadera conversión del corazón, el arrepentimiento sincero y el deseo de querer vivir del todo para Cristo. Mira a todos aquellos que se burlan del Señor porque no se baja de la cruz. No pueden creer en él porque su autosuficiencia les impide ver dónde se encuentra la salvación. No necesitan ser salvados. ¿Y Tú?

Cuántas veces nos olvidamos de lo esencial y *mundanizamos* el mensaje de Jesús. Cuántas veces nosotros formamos también parte de esa multitud que crucificó a nuestro Dios. Cuántas veces clavamos a los otros en sus cruces particulares sin ofrecerles un atisbo de salvación. Escucha sus palabras y el silencio de Jesús y del Padre.

Tú sólo Señor eres nuestro salvador. A dónde iremos sin ti. Pongámonos estos días ante el Señor en la oración y también por medio de las imágenes que pasan ante nosotros. ¡Ahí! Tú y Él solos, dándote cuenta de todo lo que ha hecho por ti. Repasa tu historia de salvación. No es verdad que todo lo que somos no se lo debemos a nadie. Cada uno de nosotros es la historia de los diversos modos en los que se ha encontrado sostenido por otros, sanado por otros, reconocido por otros, querido por otros. Ahí estaba la mano de Dios. Esa ha sido para nosotros la expresión de la gracia. Esa es la manifestación de la salvación. Quizá hoy, ante la ebullición de la expresión popular de la fe, o en la oración, o en la celebración, o en el servicio... puedas reconocer, como Zaqueo, que ha llegado la salvación a tu casa. Ante este misterio de amor entregado, entrégale tú también la vida entera. Date todo entero a Él, a su servicio en la Iglesia y en nuestra sociedad de Zamora.

- 7. Bienaventurado el obispo que trabaja por la paz, que acompaña los caminos de la reconciliación, que siembra en el corazón del sacerdote la semilla de la comunión, que acompaña a una sociedad dividida en el camino de la reconciliación, que toma de la mano a cada hombre y a cada mujer de buena voluntad para construir la fraternidad; Dios lo reconocerá como su hijo.**

Es la llaga del costado de Cristo. Sangre y agua manan de la fuente de la vida derramada. No podría acontecer la muerte del Señor si de ahí, de esa cruz, de ese árbol, no naciera como fruto la vida nueva. “Al golpe de los clavos y la lanza, un mar de sangre fluye, inunda, avanza por tierra, mar y cielo y los redime”, rezamos en la Liturgia de las Horas del Viernes Santo. Sin esa herida provocada no habría habido conversión. El centurión es el primer cristiano de la Iglesia que nace de la cruz. El agua del costado bautiza a quien pronuncia las palabras que confiesan la verdad de nuestra fe: Este hombre era el Hijo de Dios.

Por el dolor que por medio de ella ha sufrido y por la sangre que ha derramado, Te ruego que enciendas en nuestro corazón el fuego de tu divino amor y nos concedas la gracia de amarte por toda la eternidad. Jesús, Tú que has venido a curar los corazones heridos y atribulados, cura todo afecto que no sea según tu voluntad. Cura todas las heridas de nuestros corazones. Sirve de bálsamo a aquellas llagas de las que no brota ningún manantial de vida. Cambia Tú, Señor, nuestro luto en danzas. Transfigura el sufrimiento en esperanza y el dolor en redención. Dale holgura a nuestros aprietos y sentido a nuestro vacío.

Cuántas veces las pequeñas rencillas nos quitan la paz, la armonía y la comunión. Cuántas veces vivimos sin ti, o como si Tú no importaras. No dejes pasar este tiempo de gracia. Haz, Señor, que hoy, ahora, sea momento propicio para estar contigo, para velar contigo, para reconocerte, para acompañarte. Señor Jesús, sé que la salvación no consiste en no pecar más, o en descubrirnos un día sin límites, sin fragilidades, sin heridas. Haznos otra vez como niños. Danos la oportunidad de permanecer con la boca abierta igual que los pequeños que se asombran ante las imágenes de nuestros Cristos crucificados. Concédenos la ingenuidad de la mirada inocente para que esa admiración nos haga dignos de la gracia de un Dios que nos ama y nos alcanza en nuestra fragilidad y así poder volver a decir con San Pablo: *Tu gracia me basta porque tu fuerza se realiza en mi debilidad.*

- 8. Bienaventurado el obispo que, por el Evangelio, no teme ir a contracorriente, con rostro decidido como el de Cristo en su camino a Jerusalén, sin dejarse reprimir por**

incomprensiones y obstáculos, porque sabe que el Reino de Dios avanza en medio de las contradicciones del mundo.

Te presento aquí las llagas de las críticas, de la descalificación, del desprecio, de las élites excluyentes... todo aquello que quiere ser un muro a la fuerza del Evangelio. Son las llagas de la cabeza del Señor, el dolor que en ella sufrió y por la sangre derramada, te ruego que nos concedas constancia en la entrega y en el servicio a los demás.

Cura Señor Jesús las heridas íntimas de nuestra Iglesia de Zamora, yo te ofrezco mi corazón de pastor de esta iglesia de Zamora. Acéptalo Señor. Purificalo y dame los sentimientos de tu corazón. Ayúdame a ser humilde y bondadoso. Concédeme estar siempre atento al servicio a los demás sin dejarme llevar por otra lógica que no sea la de cruz. Sírrete Señor de este pobre siervo tuyo para que, en mis manos y en mis labios, en mis palabras y en mis obras no sea yo sino Tú, de modo que sean tus manos y tus labios, tus palabras y tus obras.

Concede, Señor a esta porción de tu pueblo santo, la curación del dolor que nos oprime por la muerte de personas queridas. Haz que podamos recuperar la paz y la alegría por la certeza de que Tú eres la vida. Haznos testigos auténticos de tu resurrección, de tu victoria sobre el pecado y sobre la muerte, de tu presencia viviente entre nosotros. Amén.

+Fernando Valera Sánchez

Obispo de Zamora